

EL QUEHACER HISTORIOGRÁFICO: PARMÉNIDES

Guillermo QUINTÁS
Univ. de Valencia

Un doble orden de razones justifica la reconsideración de la actividad que Fernando Montero ha venido prestando a la Historia de la Filosofía. Por una parte, las que están sistemáticamente asociadas al motivo que justifica nuestro *ser* ante los textos de otras épocas y nuestra activa apropiación de esos textos; por otra, las que guardan relación con su práctica historiográfica, esto es, con la forma en que ha organizado los procesos de reconocimiento que acaban arrancando al texto de su característico “silencio”.

Cabría decir que sólo el poder o, en su caso, la hegemonía alcanzados en nuestro país por corrientes de pensamiento cuya sensibilidad ante la historia de la filosofía ha sido nula (recuérdese tanto la vigencia de la neoescolástica como los primeros momentos de consolidación del positivismo), restaron virtualidad y alusividad al principio que justificaba ese *ser* ante los textos clásicos; *ser* ante los textos que Fernando Montero ha venido manteniendo sin concesiones ante modas circunstanciales. De acuerdo con este principio es claro que «los motivos, los temas y problemas que hoy nos afectan han sido compartidos por esos textos»¹, cuya virtualidad última no queda reconocida si no llegamos a ser conscientes «de la profundidad de los interrogantes que ha(n) dejado abiertos a ulteriores investigaciones». Así pues, lejos de entender la actividad del historiador de la filosofía ante los textos como la propia de quien «exhuma restos arqueológicos sepultados definitivamente por el pensamiento actual»², se asume la vigencia del

¹ Montero Moliner, F., *El empirismo kantiano*, Valencia, 1973, p. 12.

² Montero Moliner, F., *Mente y sentido interno en la Crítica de la Razón Pura*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 11-13.

problema y su capacidad para provocar el discurso interior. Sobre esa vigencia y capacidad se articula una *cauta* participación en una tradición que, manteniendo el propósito de corregir los excesos especulativos, se cuestiona si «lo que son las cosas, como lo que deben ser los actos humanos o lo que debe de fundar la posibilidad de entendimiento entre sujetos que viven en otros mundos de la vida concretos, está supeditado a la vigencia de unos principios absolutos». Cauta participación, propia del fenomenólogo, que, a su vez, sorprende al lector con un alarde de interrogaciones capaces por sí mismas tanto de salvar *todo escepticismo respecto del quehacer filosófico*, como de configurar el horizonte temático en el que ha de cobrar sentido la selección y lectura de unos textos clásicos³. Ni la necesidad de interlocutor ni el interlocutor es algo de lo que el filósofo pueda prescindir o a lo que deba de recurrir por simple respeto y reverencia ante un pasado.

No es al análisis de ese horizonte temático al que me voy a referir aunque sería el que permitiría trazar la historia intelectual de Fernando Montero, explicaría sus autorizadas lecturas y, finalmente, la selección de los interlocutores o textos a los que cita ante su mesa y de cuyo trato y experiencia nos da cuenta en sus escritos sin evitar las mismas contradicciones habidas en el encuentro que, como en el caso de Habermas, puede verse distorsionado «por el desfile abrumador de versiones» de un tema⁴. Más bien, en la medida en que tal encuentro no cabe tenerlo sino con el texto y el pasar a ser partícipes de esos problemas, que compartimos con el texto, es algo que está claramente articulado sobre un complejo de mediaciones sin las que no cabe entender la actividad historiográfica, propongo atender a esta actividad. Es más, si en algún caso tales mediaciones son especialmente significativas y llegan a amenazar toda posibilidad de entendimiento es cuando nuestra posible comunicación ha de materializarse a partir de un decir que carece de apoyaturas que orienten nuestra reflexión; esto es, cuando ha de articularse sobre fragmentos en los que, *además*, el pensar del filósofo se ha apropiado «del lenguaje utilizado en calles y plazas, en los templos o en

³ Montero Moliner, F., *La presencia humana*, Madrid, 1971, p. 18.

⁴ Montero Moliner, F., «La Lógica del mundo», *Anales del Seminario de Metafísica*, 1992, pp. 185-186.

el foro»⁵. Siendo, pues, sabedores de estar ante «*términos henchidos de vida y pasión*», se nos invita a salvar «*la distancia*» que tales términos marcan, que justifica y hace posible su lectura, incitados en calidad de historiadores por el conocimiento que tenemos de que tal pensamiento fue polémico para contemporáneos y discípulos. Tal es la situación asumida como punto de partida en una obra de Fernando Montero de los años 60, *Parménides*.

Sobre ella propongo centrar la atención.

Cabría enjuiciar esta obra de modo que fuera vista a la luz de recientes publicaciones abordadas por colectivos como el dirigido por P. Aubenque⁶; en tal caso, fácil es afirmar no sólo que los ejes bibliográficos, tanto en lo que se refiere a las distintas interpretaciones del Poema (Reinhardt, Diels, Cornford, Zeller, Nietzsche, Gomperz, etc), como a las traducciones clásicas (Diels, Tannery-Beaufret, J. Burnet, L. Taran, M. Untersteiner), son comunes; además y teniendo presentes los centros de interés del mencionado trabajo de Fernando Montero, el hecho de presentar los distintos estudios bajo títulos como «Los múltiples caminos de Parménides», «En los orígenes de la gnoseología», «Parménides y el Orden del mundo», «La verosimilitud de lo falso», ya induce a pensar que sigue manteniéndose una comunidad temática en el debate presente. Debate que, vistos los trabajos concretos, sólo creo que parece avanzar en base a arriesgadas especulaciones filológicas y casi consumirse en ellas.

No es ésta, pues, la línea que debe prolongarse para apreciar el valor del trabajo de Fernando Montero. Permítaseme más bien presentar estas páginas de modo que sigan el curso de una valoración surgida al hilo de lo que fue uno de los puntos de interés de nuestra primera lectura. *Parménides* me pareció ser *un auténtico canon del quehacer historiográfico*. De algunas de las razones que justifican esta consideración deseo darles cuenta con el fin de que la distancia en el tiempo no reste a este trabajo la actualidad a la que justamente es acreedor.

Tal y como acabamos de sugerir sus primeras líneas están dedicadas a dar cuenta de un motivo fundamental: el lector como el investigador

⁵ Montero, F., *Parménides*, Madrid, Gredos, 1960, p. 14.

⁶ Aubenque, P., *Études sur Parménide*, I y II, París, Vrin, 1987.

ha de situarse ante el universal panorama que toda lengua instituye y, además, ante la voluntad del filósofo que, soportada por esa lengua, se vincula a una tradición, de mayor o menor antigüedad, pero que intenta sustantivizarse en el fluir de la vida haciendo uso de lo mismo que ha venido otorgando el sustento colectivo a ese fluir; esto es, mediante la formalización de un lenguaje propio; lenguaje propio que no puede ser comprendido mediante «la proyección... de una concepción filosófica»⁷ que, como sucede con la interpretación del Poema defendida por Gomperz y con la filosofía kantiana, habría de ser articulada siglos después. Por el contrario, otra será la valoración que merezcan las interpretaciones que encuentren «cierta base en las exégesis procedentes de la misma antigüedad» si «los testimonios no están constituidos por referencias escasas y mutiladas» y si no «podemos dudar de la autenticidad de la noticia transmitida»⁸.

Una segunda lección se desprende de la misma organización a la que la mencionada investigación se somete: la estrategia en virtud de la cual se configura la investigación es respetada en el orden de la exposición y argumentada desde los primeros párrafos. Cabría, dice Fernando Montero, «ofrecer desde un comienzo lo que se podría considerar como la interpretación más satisfactoria»; sin embargo, esta posibilidad es negada a la vez que somos advertidos de que la lectura/traducción realizada sólo puede aspirar a gozar de «una probabilidad superior» a la que poseen otras lecturas; ganar terrenos de certeza o de ortodoxia en el ámbito de la interpretación no es algo posible. La articulación de esta interpretación ha de pasar por la reconsideración de «las distintas versiones», «de las distintas interpretaciones» y habrá de primar «el conjunto íntegro y detallado», no «algunos fragmentos aislados del mismo»⁹. Sólo de este modo se nos muestra a lo largo del estudio que cabe discernir lo que es filológica e históricamente imposible, más o menos probable, y, en consecuencia, se entiende que es posible «eliminar interpretaciones»; sobre lo plausible se articulará «una idea de conjunto», lo que la misma conservación del texto ha puesto en peligro: la coherencia

⁷ Montero Moliner, F., *Parménides*, p. 17.

⁸ Montero Moliner, F., *Parménides*, p. 23.

⁹ Montero Moliner, F., *Parménides*, p. 24.

y unidad del texto parmenídeo. En definitiva, *Parménides* es una obra organizada de modo que se hace explícita la estrategia de investigación porque se asume que ocultar el proceso de reconstrucción que exige la misma reflexión a la que el texto incita, violaría el elemental principio que hace posible el diálogo y la reflexión: esta es la razón de que Fernando Montero reconozca que «proceder a ofrecer la interpretación más satisfactoria, no sería sincero».

Es inevitable solicitar de todos una evocación del furor positivista que imperaba por los años sesenta en nuestro país para apreciar en todo su valor el hecho de que se asuma la estructura gnoseológica del prejuicio: «el trabajo», nos dice el Profesor Montero, «tiene su punto de arranque en un prejuicio: intentar rehabilitar la doctrina de Parménides concerniente al Cosmos de las opiniones. Nació bajo la sospecha de que es posible entender el Poema de Parménides de modo tal que el sistema filosófico de éste dejara de constituir un monismo tan frenético que redujera a pura apariencia todo lo descrito como opiniones de los mortales»¹⁰.

No obstante, el profesor Montero no entiende que deba ser autorizada cualquier sospecha; la lección que se obtiene de su mismo proceder es clara: las sospechas del historiador deben de estar y de ser fundadas; fundamento que el historiador de la filosofía no tiene porqué buscar solamente en datos filológicos o históricos. Dado que el historiador de la filosofía no acepta que su tarea se limite a «ejercer una crítica filológica»¹¹, está autorizado a introducir «consideraciones», «reflexiones» que pueden no contar con asistencia alguna «documental»¹², pero que se justifican bien en base a «la filosofía del historiador»¹³, bien en base al objetivo que es supuesto como idea reguladora de su actividad: «revivir», esto es, volver a sentir el aliento y la presencia de «la situación radical de que emerge un pensamiento»¹⁴. Son estas consideraciones las que pasan a formar parte de los supuestos auxiliares que han de reforzar

¹⁰ Montero Moliner, F., *Parménides*, o. c., p. 14 s.

¹¹ Montero Moliner, F. *Parménides*, p. 25.

¹² Montero Moliner, F., *Parménides*, p. 25.

¹³ Montero Moliner, F., *Retorno a la Fenomenología*. Anthropos, Barcelona, 1987, p. 54.

¹⁴ Montero Moliner, F., *Parménides*, p. 25.

la duda que el historiador abre y Fernando Montero analiza a lo largo de la obra haciendo gala de una exhaustiva y cómoda información que, por otra parte, es seleccionada de acuerdo a un criterio claramente explicitado: qué conclusiones caracterizan a cada una de las distintas interpretaciones. Tal es el caso en Parménides. Este es el valor que poseen ciertas consideraciones con las que Fernando Montero entiende que justifica la sospecha inicial, desencadenante de la investigación. En primer lugar, «de admitir la interpretación tradicional... ¿se puede disimular la absoluta sinrazón de esa doctrina... para la que ninguna realidad tiene nuestra vida ni el mundo que nos rodea, ningún fundamento tiene su misma ficción, por mucho que se alabe el rigor lógico de la deducción de los atributos del Ser... y por mucho que se exalte la importancia del descubrimiento del Ser?»; en segundo lugar, «¿No cabe que... encontrándonos sumergidos en una atmósfera espiritual en que el idealismo ha acabado por constituir un *leit motiv* lo mismo para ser atacado que defendido, hayamos interpretado las expresiones de Parménides con un sentido idealista?»; en tercer lugar, «¿Cómo acreditar la actitud de profundo interés hacia el mundo empírico, acreditada por una serie de aportaciones (de Parménides) a las ciencias físicas, con la supuesta convicción de que todo este mundo carece de realidad?».

Ahora bien, identificadas las razones de todo tipo que fuerzan y fundamentan la sospecha, ¿está autorizado el historiador a iniciar su personal reconstrucción? De nuevo, Parménides nos instruye: una elemental deuda con la misma tradición que ha fraguado la subsistencia del texto, obliga a su reconsideración, a buscar y a hacer valer las razones que han fundado las distintas interpretaciones¹⁵. Ésta es la tarea que esboza la presentación de la obra y que justifica el que el profesor Montero mantenga como interlocutores durante todo el tratado a los mismos intérpretes que nos han precedido; intérpretes que no son obligados al enfrentamiento y al desarrollo de una aporía que acabaría haciendo innecesario todo recurso a los mismos, pues el lector llegaría a

¹⁵ Como consecuencia se nos dice que «no nos puede sorprender excesivamente que la mayor parte de los intérpretes modernos hayan estimado..», o. c., p. 16.

verse perdido en el laberinto construido con todo lujo de detalles por el historiador.

Por ello, cabría decir que la dialéctica “*todo-partes*” no sólo debe alcanzar a los fragmentos del texto, sino a la cuidada selección de intérpretes del Poema. Lo que de tal diálogo surge a instancias de esa dialéctica es una serie de preguntas; a partir de las respuestas a las mismas se debe de articular la salvaguarda de la unidad y coherencia del texto. Sobre tal juego y sobre el valor hermenéutico que tal juego posee, queda advertido el lector. El análisis que el historiador prolonga, en palabras de Fernando Montero, debe «fortalecer la sospecha»¹⁶ que alentó el inicio del trabajo. Ahora bien, esta misma dialéctica puede conducir ante diversas respuestas que en sí mismas son “satisfactorias”; de nuevo, el historiador precisa de criterios: el principio que justifica la opción también aparece explicitado: «parece preferible confiar en aquellas otras soluciones que respondan a un examen del contenido mismo del Poema y no a factores azarosos, como sería esa hipotética huella de unos postulados que dominarían en la mente de Parménides, no sabemos por qué extraña fatalidad»¹⁷

Finalmente, su mismo prócer da de sí la necesidad de otra regla: el historiador debe hacer explícito el fin que se propone: «fundamentar que cabe una interpretación de la obra de Parménides en la que la realidad del Cosmos empírico no quede anulada, sino tan sólo subordinada a un principio o dimensión metafísica del mismo; que el Ser y el Cosmos de las opiniones propias de los mortales constituyen dos aspectos epistemológicos de la misma realidad»¹⁸.

Tal es el conjunto de observaciones que he recogido con sólo revisar los márgenes de un volumen en el que, en su día, fui registrando cuanto estimaba que debía orientar la organización de un comentario. Por otra parte, dentro de lo que ha sido la línea de trabajo de Fernando Montero es claro que tal comentario es altamente significativo, pues, según sus propias palabras, «fue el primer pensador del que nos ha quedado constancia que concibió la filosofía como un discurso o ‘camino’ cuyo

¹⁶ Montero Moliner, F., o. c., p. 92.

¹⁷ Montero Moliner, F., o. c., p. 211.

¹⁸ Montero Moliner, F., o. c., p. 28.

recorrido está fijado por unos principios ontológicos absolutos que determinan tanto los caracteres esenciales de lo que es como las condiciones a que ha de ajustarse cualquier interpretación de las cosas que tenga en cuenta la variedad de sus aspectos»¹⁹.

¹⁹ Montero Moliner, F., *La Filosofía Presocrática*, Valencia, 1976, p. 117.